

Aproximación histórica

La memoria obligatoria de san Pío X, muerto en Roma el 21 de agosto de 1914 y canonizado en 1954, nos introduce en un período de la historia de la Iglesia atormentado por leyes subversivas en Francia, por la dolorosa división entre el Estado italiano y la Santa Sede y por el período modernista.

José Sarto, nacido en Riese (Treviso, Italia) en 1835 de familia campesina, después de los estudios en el seminario de Padua, fue ordenado sacerdote a los veintitrés años. Tras recorrer casi todos los grados de la vida pastoral directa (capellán en Tómbolo, párroco de Salzano, canciller de la curia de Treviso y director espiritual del seminario), fue elegido en 1884 obispo de Mantua, y por fin patriarca de Venecia y cardenal (1893), después de haber esperado el *exequatur* gubernativo dieciséis meses. En el cónclave de 1903 (después del veto de Austria a la elección del cardenal Rampolla) fue obligado a aceptar la elección de papa, pese a sus protestas de incapacidad: «Soy incapaz e indigno. Olvidadme, ¡ayudadme!»

Su pontificado fue uno de los más fecundos, no sólo por las obras de reforma litúrgica (sobre todo del breviario, de la misa, del canto gregoriano, de la participación litúrgica más activa y de la comunión eucarística), sino también por las orientaciones de la vida pastoral de la Iglesia con su Catecismo (predicado por él mismo todos los domingos) y con la promulgación de las leyes canónicas: reformas de la curia romana, simplificación de las normas burocráticas, edición de las *Acta apostolicae sedis*, iniciación de la codificación canónica con nuevas leyes matrimoniales, promoción de los estudios y de la formación del clero. Hubo de enfrentarse con no pocas dificultades a causa de su desinterés por la diplomacia y de su intransigencia contra toda clase de progresismo, que le ocasionaron graves conflictos con Rusia, Alemania (contra las asociaciones interconfesionales), Estados Unidos (rechazó la visita de Teodoro Roosevelt), España y Portugal. Sin nostalgia alguna del poder temporal, sino más bien defendiendo la neta separación entre los poderes (hasta prohibir la política al clero), se sentía padre espiritual de todos.

Presintiendo la proximidad de la primera guerra mundial en 1914 («La guerra se acerca», solía repetir a menudo), moría veintidós días después del estallido de las hostilidades, pronunciando en su agonía estas palabras: «¡Pobres hijos míos! Ofrezco mi vida. Millones de hombres van a morir. Me hubiera gustado evitarla, pero no he podido».

Aspectos que destacar

En primer lugar la fortaleza de este papa, que, como primer acto de fuerza, condenó el derecho de «veto» que conservaban todavía algunas naciones, y que no obstante le había facilitado su elección en el cónclave, y conminó la excomunión a todo el que se hiciera portavoz del mismo. Otro acto de fuerza fue la disolución de la Obra de los Congresos, sospechosa de síntomas de rebelión o de presunción,

favoreciendo, empero, aquellos movimientos que luego recibirán, bajo Pío XI, el nombre de Acción Católica. Además, contra las leyes culturales francesas (votadas en Francia por el masón Combes), que consideraba profundamente injuriosas contra Dios, y rechazando el concordato con aquella república laicista, pronunció, después de haber mirado el crucifijo, un firmísimo «Non possumus!», que les costó a los franceses la separación total entre Iglesia y Estado (1905), con la confiscación de los bienes eclesiásticos (incluidas las propiedades de las iglesias) y la consiguiente pobreza del clero.

También la condena del modernismo, primero con el decreto *Lamentabili* y luego con la encíclica *Pascendi*.



El modernismo, fundándose en las teorías positivistas, propugnaba una actualización de la doctrina de la Iglesia con métodos que entonces parecieron de suficiencia científica, de rebelión disciplinar y de soberbia espiritual (como la conocida novela de Fogazzaro *Il santo*, donde se contrapone un tipo de profeta modernista al papa tradicionalmente ortodoxo). Señalar también que por un lado permitió una actitud nueva del Vaticano en lo tocante a la cuestión romana, predisponiendo indirectamente su futura solución; por el otro promovió un mayor empeño en la vida interna de la Iglesia. Por precisión, estas enseñanzas han de colocarse en la situación histórica de su tiempo, cuando predominaba una concepción centralista del gobierno eclesiástico. Esta fue expresada sea con actitudes antidemocráticas, que favorecerían algunos sistemas paternalistas (protección

inicial a la *Action française*, prohibición del *Le Sillon* en Francia); sea por el rechazo de la colaboración con los partidos no abiertamente católicos (o asociaciones interconfesionales en Alemania); sea, en fin, por su tradicionalismo frente a todo peligro de progresismo, por lo que los seguidores del movimiento reformista fueron tachados de rebeldes.

El aspecto de la reforma litúrgica fue, sin duda, central en su obra a partir del «motu proprio» *Tra le sollecitudini* (1903), donde se afirma que «de la única fuente indispensable de la participación en los divinos misterios se puede sacar el verdadero espíritu cristiano». Se puede decir que preparó la gran reforma litúrgica del concilio Vaticano II al insistir en que los fieles no rezasen en la misa, sino la misa. - Asimismo impulsó la renovación de los estudios bíblicos, tan importantes para un estudio más científico de la palabra de Dios (fundación del Instituto Bíblico y preparación de la edición crítica de la Vulgata). Hay que señalar también el famoso decreto *Quam singulari* para la extensión de la comunión eucarística a los niños ya desde el uso de razón, y para la comunión frecuente, que él mismo propugnaba, contras las reacciones de los jansenistas y de los modernistas, con una frase sintomática: «Me lo ha inspirado Dios». (Texto de E.Lodi, o.c. 308 ss)